

**PREGÓN DE LAS FIESTAS
DEL
CORPUS CHRISTI
DE TOLEDO
1997**

Juan Estanislao López Gómez

**PREGÓN DE LAS FIESTAS
DEL
CORPUS CHRISTI
DE TOLEDO
1997**

Pregón del Corpus pronunciado por
Juan Estanislao López Gómez
en el Teatro de Rojas
el jueves, día 22 de mayo de 1997

PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI TOLEDO, 1997

Excmas. Autoridades, Sras., Sres.:

Agradezco sinceramente a D. Luis Sánchez-Contador estas inmerecidas palabras de presentación, motivadas más por la amistad que nos profesamos que por mis méritos.

A D^a. Marina Riaño y a D. Jesús Pino mi reconocimiento más sincero por su directa colaboración en este pregón.

Igualmente agradezco de corazón a la Concejalía de Festejos de este Excmo. Ayuntamiento de Toledo y a la Junta Pro-Corpus que se han fijado en mí para, desde este ambón, exaltar y pregonar las fiestas del Corpus Christi de la Ciudad Imperial. Una tribuna por donde han pasado hombres y mujeres de tal prestigio y reconocimiento, que solo mencionar sus nombres da realce a esta singular fiesta del Sacramento; por todo ello y consciente de la responsabilidad que conlleva

hablar en Toledo de su Fiesta Grande, como el Ciego recorrió las tierras de Castilla de manos del joven Lazarillo, así me conduciré en este pregón de manos de Nise, Galatea y Clímene, conocedoras antiguas del Corpus Christi toledano.

Como todas las primaveras, año tras año, Nise, Galatea y Clímene, esposas respectivas del pertiguero, el campanero y el perrero de la Catedral Primada, descienden de sus viviendas de las claverías al jardín de naranjos y laureles del claustro para allí, en conversación amena, remendar la sierpe zigzageante de lienzos y lonas que sirve de palio de honor y reverencia a esa Hostia pura coronada por quinientos serafines de resplandor.

Bajo el limpio azul surcado por golondrinas anidadoras de lo más alto de la sublime cumbre del monte, Clímene, la más experimentada en este oficio, a la par que con sus blancas manos zurcía los descoloridos toldos, con la mente tejía el origen de esta fiesta cuando hace 2.000 años, un jueves, santo desde siempre, Jesús, en la misa «In Cena Domini», rodeado de sus amigos, instituyó la Eucaristía transubstanciándose en un copo de pan para consuelo de su grey.

Tras los primeros momentos de secreta intimidad, las manifestaciones externas de adoración al Pan de los Ángeles se multiplicaron a lo largo del tiempo hasta

llegar al año 1208 cuando Juliana de Rétine en una contemplación mística, observó que la luna, redonda como el cristal de un viril, estaba atravesada por un rayo de obscuridad; la religiosa premostratense lo interpretó como un mensaje divino por la ausencia de una fiesta propia ensalzadora del misterio eucarístico y así lo comunicó al canónigo de San Martín de Lieja, Juan de Lausanne, siendo éste el transmisor de tan singular acontecimiento a Hugo de San Caro y Jacobo Pantaleón de Troyes, nuevos impulsores del germen festivo. Roberto de Torote, obispo de Lieja, convocó en 1246 un sínodo donde se instituyó a nivel diocesano la fiesta del Corpus Christi; la primera fiesta del Señor en la ciudad belga se celebraba al año siguiente, en el jueves siguiente a la octava de Pentecostés.

El revestimiento universal de la fiesta vendrá el día 11 de agosto de 1264 cuando Jacobo Pantaleón, ahora papa Urbano IV, signaba en la ciudad italiana de Orvieto la bula «Transiturus de hoc mundo».

Aunque la tradición cuenta que el rey Sabio presidió la fiesta del Señor en Toledo, el primer documento que habla del Corpus toledano se remonta a 1372, en el pontificado de D. Gómez Manrique, sin especificar exactamente en qué consistió la celebración. Habrá que esperar a los legajos de 1418 para saber que la procesión del Corpus Christi, encabezada por el báculo del

arzobispo Sancho de Rojas y rodeada de reliquias, salió por la puerta del Perdón para, rodeando los muros catedralicios, entrar por la puerta del Reloj.

Elisa, hija del guardapalos, una niña hermosa como un prado de abril lleno de flores, jugueteaba entre las costureras con «la Bolena», esa muñeca despeinada, recordatorio bufón de la reina inglesa provocadora del cisma anglicano que, como penitencia, purga su culpa a lomos de la Tarasca. Al oír las explicaciones de Clímene intervino preguntando: ¿Y las mujeres, como han participado en la fiesta? Clímene con aire de sorpresa, dirigiéndose a la joven Elisa le dijo: La juventud te disculpa la ignorancia pues has de saber que la fiesta del Corpus Christi es casi de nosotras porque además de Juliana de Rétine, la visionaria de la saeteada luna de nieve, sus compañeras de hábito Isabel de Huy y Eva de San Martín, venciendo el pudor de su condición femenina, no cesaron de vocear a personas principales la necesidad de esta fiesta del Sacramento hasta conseguir su propósito. Y si el orfebre Almerique fabricó y labró el mejor ostensorio de la cristiandad con los primeros 17 kg. del oro que el descubridor Colón trajo de las Indias Occidentales, fue la reina Isabel la Católica quien entendió que el mejor destino del noble metal era para el Dios que todos los años paseaba triunfal por la Ciudad de las Tres

Culturas y, pareciéndole poco aquel aparato maravilloso, lo remató con su célebre «palomar» de oro aderezado de rubíes, perlas y zafiros.

Cuando doña María de Salazar y Torres comprendiendo el misterio de la Hostia Santa escribió «Fuego de amor eucarístico» y «Al Santísimo Sacramento» con estas palabras:

¿Qué amores son estos, Dios,
que os hacen quedar en pan?
Mirad, Señor, que dirán
que de amor salís de vos.

¿Qué es esto, amador divino?
¿Tanto amas a Eva y Adán?
¿Qué bien por ellos os vino?
Que estoy por decir sin tino
que os hacen quedar en pan.

(Recitado por D^a. Marina Riaño)

Es porque lo entendió como algo muy suyo.
Marcela de Carpio y Jacinta Hipólita ensalzarán con sus poesías por toda España el misterio Sacrosanto que, año tras año, recorre las empinadas calles de la Ciudad de los Concilios. Pero si hay que destacar a una mujer en el arte de la lírica eucarística

esa es Clara de Barrionuevo, competidora en certámenes y veladas con el mismísimo Lope de Vega; como el acaecido en la iglesia de San Nicolás el año 1608 aunque, como era de esperar:

Débase a Lope de Vega,
Por más galán y devoto,
En primer lugar y un corte
De jubón rico y costoso.
Que sólo este Fénix puede
(Entre tantos ingeniosos)
Ser en méritos primero
Como en el ingenio solo.

(Recitado por D. Jesús Pino)

Pero como la paremiología nos enseña que «una imagen vale más que mil palabras», otra mujer, doña Teresa Enríquez, dama de nobles virtudes, empeñará todo su afán y desvelo a cantar al Cuerpo de Cristo con obras pías dentro y fuera de España; en Roma fundó la Cofradía del Santísimo Sacramento y el 11 de octubre de 1515 erigía en su villa de Torrijos una iglesia colegial bajo la advocación del Corpus Christi. Tanto amor y respeto mostraba al misterio eucarístico que con sus propias manos exprimía las uvas para el vino del altar, utilizando sus aposentos como granero sacro

donde guardar las sagradas formas; por todas estas demostraciones, el papa Julio II la distinguió con el sobrenombre de «La Loca del Sacramento».

Incluso el pueblo llano, hasta hace escasos años, a esta fiesta del Señor la denominaba con nombre de mujer: Minerva, pues la iglesia romana de Santa María sopra Minerva fue la sede primera donde se instituyó la archicofradía del Santísimo Sacramento.

Con los hilos transidos de unción, Nise, destacada en los primores del bordado, mientras sus compañeras zurcían los cielos, que así se llamaron los toldos en el Renacimiento, restauraba los tapices diseñados por Pedro Pablo Rubens, Van Orley y Pieter Coecke; urdidos casi todos ellos en Bruselas y que la mañana del Corpus, a la hora en que se esparcen el tomillo y la mejorana, cuelgan de los muros de la catedral desde la calle del Arco de Palacio hasta los Cuatro Tiempos, nombre que le viene de una de estas series de tapices.

Levantando la cabeza para descansar sus ojos verdes como el romero, los dirigió a Elisa que entre la espesura de hiedras y frondosos acantos, soportaba un cestillo de blanca mimbre con tiernas flores y pétalos de purpúreas rosas recogidas para derramarlas a los pies de la carroza eucarística formando una improvisada nube multicolor.

Nise, con voz suave, insistió en lo referido por

Clímene diciendo: Fíjate, Elisa, si tiene relevancia la mujer en esta fiesta que la primera procesión del Corpus Christi la realizó una mujer hace dos milenios, cuando entre frescos oasis de palmeras y floridos frutales paseó durante nueve meses en su vientre virginal al Corpus Christi vivo y real en una procesión de humildad y silencio como solo nosotras sabemos hacer.

El tiempo y la historia magnificarán el acontecimiento adornándolo con todo tipo de aderezos vegetales, de coloridas telas y exuberantes pedrerías hasta contemplar la procesión que hoy vemos y con la que todos los toledanos nos identificamos y sentimos orgullosos.

Precedidos por la enorme cruz de Alfonso V el Africano sobre la manga del cardenal Cisneros, las cofradías, clero y hermandades desfilan siguiendo un riguroso protocolo. Y como el Tajo rodea con su largo brazo a esta ciudad adornada de glorias imperiales, la Cofradía de la Santa Caridad, la más antigua de España, y el antiquísimo Gremio de los Hortelanos envuelven a los capítulos que anuncian la venida del Señor entronizado en el ciprés áureo del maestro Arfe.

Con su capa de estameña parda, o como diría el poeta «con su capa la pardilla», el Gremio de Hortelanos abre el desfile como lo viene haciendo

desde que los moriscos regaban nuestros campos y arboledas con artificios de las altas ruedas. Los primicomulgantes, con trajes de nieve, escoltan los estandartes y simpecados de vírgenes y cristos toledanos. La Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes, con su popular uniforme de enfermera, precede a la más intelectual de las corporaciones; con veste de terciopelo negro y multicolores birretes, la Cofradía Internacional de Investigadores busca sin descanso la síntesis de ciencia y fe. Los mozárabes de manteo azul son los descendientes de aquellos cristianos que vivieron en la tolerante Toledo desde época musulmana. El Capítulo de Caballeros del Santo Sepulcro, con capa de marfil y cruz potenziada en el brazo izquierdo, es la Guardia de Honor del Primado. La nobleza y la hidalguía desfilan en la procesión con capa roja y cruz florenzada de plata, acogidas a la Real Hermandad de Infanzones de Nuestra Sra. de la Caridad de la Imperial Villa de Illescas. Los Caballeros del Corpus Christi de embajadores y cónsules del continente americano, con sus vestes verdes y tres cruces bordadas en el pecho, desfilan macerando las plantas olorosas esparcidas para la ocasión. Los clerizones de Infantes, con sotanas rojas y blancos roquetes, abren las filas de la clerecía con su encarnado estandarte de Silíceo. Siguen los seminarios hasta aparecer las órdenes religiosas masculinas con

casa abierta en esta peñascosa pesadumbre. Los Molero, desde lo alto, lloran de emoción al ver pasar sus más de cien capas pluviales revistiendo a la clerecía secular de la ciudad. Y entre los caperos, la Santa Caridad, ¡qué bien les cabe el lema «Deus Caritas est» en este día de Amor de amores!

El testamento del cardenal Mendoza reza: «Otrosí, porque la nuestra cruz que en señal de Primado hemos traído ante Nos por las provincias de Santiago, Sevilla, Granada, Zaragoza, Valencia, Tarragona, Narbona y por las diócesis de las iglesias que se dicen exentas de los Metropolitanos susodichos... es la primera cruz que se puso sobre la más alta torre de la Alhambra de la ciudad de Granada al tiempo que fue ganada e quitada por el Rey e la Reina mis Señores ... queremos que no pueda ser sacada donde sino a las procesiones»; ¿Y cómo contrariar la última voluntad de tan gran cardenal? La presencia de su cruz anuncia la llegada del cabildo más rico de las Españas que, entre filas, cobija a los pequeños pajecitos de imagen barroca, sustitutos de los desaparecidos seises que iban bailando delante del Señor como el rey David lo hizo con el Arca de la Alianza.

Hora exacta de Dios en la blancura
del nardo y de la rosa, en la mañana;

se adelgaza en sonidos la campana;
es el aire tapiz y colgadura.
El incienso se mece en la espesura
que perfila la calle toledana,
con gozo de clavel en la ventana
y con palio de toldos por la altura.
La Custodia se acerca sostenida
por nostalgias de nube o de palmera;
oro y luz en sus torres verticales.
Y se postra ante Dios, estremecida,
la piedad y la fe de España entera,
bajo el peso de glorias imperiales.

(Soneto de D. Clemente Palencia.

Recitado por D. Jesús Pino)

Entre nubes de incienso y sobre un trono de olorosas azucenas y encañados trigos viene el Maná celeste, el Dios eterno que con su serena presencia empequeñece a la mejor custodia del mundo; fabricada con tanto oro que el sol, con sus rayos despertadores de criaturas silvestres, cuando la contempla, se detiene para absorber los fulgores desprendidos y, a voluntad, derramarlos por valles y collados.

Saeta mística que con sus áureos pináculos raya el cielo que envuelve a tan fausto cortejo.

Lección de arte y amor al Sacramento puro y sin límite, donde Cisneros invoca al maestro Arfe, Merino, Láinez, Isabel la Católica, Almerique, López de Ayala, Julio Pascual, Alberto de Austria, Quiroga, Julián Honrado, Diego de Valdivieso y a tantos artistas y benefactores que hicieron posible tanta maravilla.

Monte Tabor donde todos los años Jesús se transfigura mostrando su grandeza en la humilde harina amasada por las manos sudorosas del hombre impuro, y aunque disfrazado de sol de nieve con forma de luna nueva, se le conoce por lo mucho que ha dado. Por eso, con reverencia y en silencio le sigue el Primado revestido con las mejores ropas del cardenal Borbón.

La Ciudad, bajo mazas, y la Diputación, con los heraldos de curvados coturnos, lo siguen; incluso la Universidad se rinde ante tan alto misterio. El ejército, como desde siempre, escolta al Rey de Reyes.

Elisa, como niña, no para quieta y ahora juega con el medallón de la Virgen del Sagrario que en un descuido del refitolero, encaramándose a lo alto del armazón, se lo arrebató al Cid Campeador, quien, junto a las parejas de los Cuatro Continentes, espera su día para pasear por las estrechas calles entoldadas; unos gigantes que antiguamente, al paso de la Custodia, danzaban en el atrio catedralicio al son de la dulzaina y el tamboril siguiendo las partituras compuestas por los

maestros de capilla; hoy, entre ruidos de cohetes y el nerviosismo de los más pequeños, desfilan junto a los Reyes Católicos, los Reyes moros, el Alcalde y la Alcaldesa, rodeados de un sinfín de gigantillas. Tan arraigado está este desfile profano entre la gente sencilla que se dice: «Fiesta toledana: gigantones y campanas».

Con notas infantiles, Elisa venía tarareando: «Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol...». Las dulces costureras al oír la melodía, de súbito, dejando la labor alzaron la cabeza, se cruzaron las miradas y con los ojos humedecidos, sin mediar palabra, volvieron a su tarea; sólo Galatea, tras un profundo silencio, rompió la bóveda de vacío diciendo:

—Todo lo que has dicho, querida Nise, es verdad y canta la grandeza con que la «Dives toletana» prepara ese día al Altísimo, pero donde se palpa y siente con más fuerza la presencia real del misterio Sacrosanto, es el instante donde la custodia deja las calles bordadas de guirnaldas para entrar en triunfo y majestad en su casa, en esta Giganta centenaria.

Si el Tajo, con sonidos acordados, corriendo entre prados cercados de altas hayas, pregona en su recorrido que Dios sale en procesión para que el pueblo lo vea; ahora, los ministriles celestes, desde las bóvedas del firmamento se hacen sentir sublimando el momen-

to, temerosos de que con tanta ceremonia Dios pase su corte a Toledo.

¡Cuánto lamento la gracia que no quiso darme el cielo para cantar la maravilla de este instante!

Los acordes del Himno Nacional, interpretados por la música de la Academia de Infantería, anuncian que Dios entra; el pertiguero, como sumiller de corps, da la señal. Todo se hace vida. Pasa el Señor. El público que en silencio sonoro ha permanecido abarrotando las naves, sin poder contener los impulsos de sus corazones irrumpe en aplausos y vítores. Las trompeterías de los órganos de Berdalonga y Echevarría, a los acordes de una batalla imperial, pugnan en gallardía y fuerza con las imponentes y vigorosas notas del órgano del Emperador; no hay un hueco en la Catedral donde no llegue la música.

Las luces se encienden todas.

El incienso, envidioso de los querubines, asciende a lo más alto de los triforios góticos embriagando a la clerecía revestida de lujo y oro que, sobre la escalinata del Altar Mayor, entona los cánticos que el Santo de Aquino compuso hace muchos siglos para este día.

Las desafinadas esquilas de los carillones del coro, mudas desde el Sábado de Gloria, tintinean a gritos haciéndose notar sobre tanta manifestación de fe y amor.

Dios se siente, se palpa, se sabe que está aquí pues a su paso por la nave de san Cristobalón lo va vistiendo todo de hermosura espiritual. Los sentidos los perciben, las campanitas de la custodia van diciendo:

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ilesa;
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

(De C. y A. Murciano. Recitado por D^a. Marina Riaño)

Los multicolores capítulos colocados en el coro, esperando entre rezos silenciosos, exultan de júbilo al contemplar tanta gloria.

El ruido de las campanas, que no paran de tocar desde lo alto de la torre, consagra este momento gritando a los cuatro puntos cardinales el fin de la procesión eucarística. La Calderona y la Santa Leocadia voltean sus bronces al unísono marcando un ritmo armonioso; la Encarnación, la San Juan y la Espantadiablos lanzan sus sonidos al viento de forma escandalosa como queriendo llegar al último rincón de la archidiócesis; la Resurrección y la San Felipe, al igual que sus compañeras, repican entre las rejas anunciando que ese «panderito de harina divino», un año más, ha paseado por las serpenteantes calles de la sacra Toledo; la San

Ildefonso, más seria, parece que este día pierde su respeto uniéndose al bullicio de sus compañeras. Un concierto dirigido por la popular y gorda San Eugenio. En el piso superior, en tropel, campaneando, la San Sebastián y la del Santo junto al cimbanillo, con sus badajos, invitan a adorar al Amor de los amores en este instante único donde el Primado de las Españas incienso por última vez a la redonda eternidad de la Hostia bajo el verde dosel; mientras, en la plaza del Ayuntamiento, se disparan los morteros reales a la vez que el pueblo, dirigido por un canónigo de púrpura muceta, entona el «Tantum ergo» en melodía mozárabe.

Terminado de decir esto, una nube, como todos los años, hace su presencia para mojar los toldos, sorprendiendo a las costureras que, olvidadas de sus tareas, plácidamente escuchaban a Galatea. Recogiendo las cestas de labor, como las ninfas de Garcilaso desaparecen entre las espumas de las cristalinas aguas, así desaparecieron Nise, Galatea y Clímene entre los altos arcos ojivales y las pinturas de Bayeu.

El porticado patio, en silencio, ajeno al bullicio callejero, se fue llenando de ángeles y criaturas bellas que, sobre nubes de blanco rocío, venían cantando motetes suaves porque a la mañana del día siguiente Dios salía en procesión.

Muchas gracias.



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

